

## El poema y el derecho

### O The Poem And One's Rights

Indran Amirthanayagam

El poema y el derecho, así el orden. El poema primero y después, cómo conciliarlo con un Estado de derecho y no un Estado salvaje. El poema es una construcción de la civilización humana, una fabricación. La palabra poeta viene de su raíz griega que significa hacedor de metáforas, creación, invención. Cómo conciliar con las leyes, las reglas el orden que nos ordena, controla, civiliza.

En uno de mis poemas escritos en francés, *Pourquoi Lire*, escribí «Je ne serai pas légiféré» («No seré legislado»), presentando el acto de leer, de entrar en un mundo recreado en la imaginación como una manera de evitar las leyes del mundo disponible a los cinco sentidos, lo que se llama el mundo real en vez del mundo inventado, de las fantasías, de los libros donde uno puede declarar disparates: no seré legislado.

#### ¿Por qué leer?<sup>[1]</sup>

Para consolarme,  
volar hacia la luna,  
enterrar el desacuerdo  
en el mar de tranquilidad.  
Quisiera olvidar los daños  
del pasado, vendas acumuladas  
sobre lesiones, rabias  
y amor de la bien-amada.  
Leer, enterrar y cavar.

Hacer brotar el agua viva  
del banquillo seco donde  
testifico las omisiones del inmigrante.  
En este fin de siglo, las cartas  
no enviadas a los guardias  
del linaje en la isla oscura  
a lo lejos, profusión  
de alimentos y amor  
del anfitrión, la idea graciosa  
sin estado y sin peso  
ser vagabundo de la Luna,

<sup>[1]</sup> Indran Amirthanayagam. (2001). *El Infierno de los pájaros*. México: Grupo Resistencia.

Contacto: indranmx@gmail.com

Navegando en una balsa  
 insumergible, el hombre nuevo,  
 América. Leo para perdonar  
 los romances mentales  
 y ponerlos en orden,  
 para ahogar en los labios  
 de un ghazal, gritos  
 de un corazón,  
 para viajar sobre tierras  
 imaginadas, dismantelar aldabas,  
 tapones, corchos, cerrojos,  
 instrucciones de «no hagas eso».  
 Leo para seducir a mi pulgar  
 izquierdo y andar derecho  
 en la cuerda floja, dos pies  
 sobre el barranco.  
 Leo para pelearme  
 y fanfarronear con los muertos,  
 los muertos vivos, y el nuevo hijo  
 del Sur vigoroso, vino para juzgar  
 la conducta de Roma. Leo  
 para escapar de los cazadores  
 de sangre, las sanguijuelas,  
 los tutores, los legisladores.  
 No seré legislado, y aquí  
 testifico, soy lector, leo.

Pero uno es legislado desde temprano. Siendo bebe te acompañan y te protegen tus papás o una ama de llaves o, tal vez, a nadie y necesitarás un guardián porque ningún bebé puede aprender —sin caminar, sin lenguaje todavía— a sobrevivir solo fuera del mundo seguro del vientre. Nadie es independiente verdaderamente. Somos hijos de padres. Aun si nuestro padre es desconocido, un espermatozoide guardado en un laboratorio, tu semilla crecerá en la barriga de la madre y fuera de ella, pero dirigida por ella. ¿Cuándo rompen los lazos familiares? En este momento estás libre de declarar que ¿no serás legislado?

Una tarde de la primavera me invitaron a un micro abierto con músicos, pintores, narradores y poetas. Subrayo lo que dice la publicidad: micro abierto. Tuve otra reunión a la que asistí, pero la dejé temprano para llegar al micro abierto: llegar, digo, con ganas de leer un nuevo poema. Al puerto del club, el anfitrión me comentó que era tarde, y que tenía muchos en la lista para leer, pero pondría mi nombre al final. Y me senté en primera fila mientras él y la otra anfitriona presentaron cinco textos entre ellos, y el invitado especial, como es su derecho, una selección aún más amplia, y varios en la lista un poema cada uno. Después de una hora y media, terminó las lecturas el anfitrión. No me invitó a leer. Estuve asombrado. Aparentemente él no supo, o eligió de no reconocer, la regla básica de un micro abierto, que sea abierto a todos que quieren leer.

El problema de no reconocer, de ignorar, de presentar una moneda con dos caras, de contradecir a uno mismo, es común a nuestra especie. Walt Whitman lo presenta de manera positiva, diciendo que es grande y contiene multitudes. Pero imagina una poesía dedicada a lo malo, a sus flores, a los deseos asesinos y prohibidos, el Edipo que mata a su padre y duerme con su madre. Que deliciosa aquella literatura, de Baudelaire, de Aeschylus, que han contribuido a profundizar nuestro entendimiento de nosotros mismos. Entonces, ¿para qué escribir?, ¿para qué abogar para una libre expresión?, cuando una escritura sin límites, sin trabas en la imaginación, libera las furias de nuestras entrañas y nos lleva a matar a nuestro padre y casarse con nuestra madre, aun de manera ciega, ignorante, que añade un nivel más al horror de ser un humano.

El horror del ser humano. El regocijo también. El regocijo espléndido de enamorarse, de creer de nuevo que se puede construir una casa, cultivar un jardín, vivir en armonía con la naturaleza. Estamos en los tiempos de cambio climático y no nos quedan muchas horas en el sentido geológico. Es desesperante notar cuántas especies de nuestros hermanos animales y plantas hemos matado solo en las últimas cuatro décadas: 60 por ciento de todos según un estudio editado por el Fondo Mundial para la Naturaleza (World Wildlife Fund). ¿Qué pasa, Sancho? ¿Qué pasa, Quijote? Para dónde vamos

cuando el mar está más salado que nunca y lleno de basura, y nuestros bosques se queman a pesar de los esfuerzos heroicos de los bomberos. ¿Y estamos hablando aquí de la poesía y el derecho? No caigas en la distracción, en el nihilismo. Hay razón para construir leyes. Hay razón para construir y no destruir los poemas. Un poema bien hecho es una colección de metáforas organizada con atención a la música del idioma, a las pausas del hablar humano, y su lectura o su oído le da al lector o el oyente un sentido de un trabajo bien hecho, fuerte, unas rimas que van a sobrevivir los tsunamis, huracanes e incendios de estos tiempos de cambio climático y cualquier otro desafío que nos da la vida para mejorar nuestra ética y nuestra poética.

Te acabo de mentir. Yo, poeta —ni a él, abogado, ni a ella, maestra— ninguno conoce el futuro. Pero estamos unidos en notar los hechos de nuestras vivencias. Nací en la isla de Ceilán. Ceilán ya no existe. Se llama Sri Lanka. Es otro país. En mi niñez se podía ver un elefante casi a cada esquina de la selva, una manada o, a veces, un elefante solitario, echado de la familia, salpicando sus heridas, vuelto potencialmente asesino. Estuve con mis hermanos, mis papás en un *jeep* en un área natural protegida, Yala, cuando el elefante nos vio y empezó a correr hacia nosotros para aplastarnos y triturarnos y así borrarlos de la faz de la tierra. Pero entre nosotros, tuvimos un hombre, un *mahout*, que sabía el lenguaje de los elefantes.

El *mahout* gritó al elefante en un idioma extraño cuyo sentido solo él y el paquidermo entendían. Si yo puedo traducir ese idioma y aplicarlo en cada plática de paz, en cada negociación entre el derecho y esta poesía que busca escapar las cadenas mientras las utiliza (sistemas de verificación, de ordenamiento, de medida) seré el hombre más feliz del mundo.

En *Baluceo Silvestre* trato del tema de los idiomas no reconocidos, que debemos dedicar nuestras vidas a escucharlos y así entender al otro. También, trato del tema transversal de mi poesía, el diálogo entre el amor o la unión y la soledad.

### Baluceo silvestre<sup>[2]</sup>

No llegué a la frontera  
para oler el matorral  
en la orilla del río,  
ni acechar a los pumas  
que cruzan el agua,  
ni contemplar a las rocas  
asoleadas al mediodía,  
ni temblar en las noches frías,  
ni atestiguar la invención  
de un canto,  
ni respirar el humo negro  
de un incendio cuando queman  
basura al lado del camino,  
ni estar encantado  
por las guacamayas rojas  
que saltan desde las ramas  
en los grandes libros  
ilustrados.  
No, llegué a la frontera  
para sentarme en este escritorio  
lleno de trizas y versos cortados  
de un baluceo que he susurrado  
a solas en el vacío  
en el que no te encuentro.

Cito este poema porque subraya que el derecho es también un asunto para los otros animales y las plantas que comparten la tierra y los mares con nosotros. Acordemos que el planeta debe llamarse Océano, ya que el 90 por ciento de su superficie está cubierto por el agua. Y estamos calentando esa agua con las emisiones de gases del efecto invernadero que ponen en vía de extinción especies tras especies de vida marina. Celebramos, al mismo tiempo, la ética, la gentileza, el cuidado, valores hu-

[2] Ídem. (2005). *El hombre que recoge nidos*. México: Resistencia/CONARTE.

manos que han existido en nuestros genes al lado de los humores asesinos. Aprender a vivir con estas contradicciones dentro de uno mismo, o aprender más bien a domar las energías negativas, fraticidas —lo que llamaría las energías de Cain— y —elogiar la bondad de Abel— esto es la lucha fundamental. Y hay muchos Abeles, Gandhis, Martin Luther King's y Rabin's que han muerto a lo largo de la historia.

A lo largo de más de cuatro décadas dedicadas al escribir y difundir poemas, me he dado cuenta que soy un devoto de la elegía: por lo que estamos perdiendo, por un pasado más pacífico, por los héroes que los asesinos han tumbado para destruir el sueño de un mundo sostenible donde los grupos en guerra pueden enterrar sus hachas.

Oriundo de Sri Lanka, por casi todo de este periodo he visto la guerra, su poder imaginativo cautivante. Y he visto e imaginado, recreado en poemas las vidas de unas cuantas. Aquí, te presento a Neelan Tiruchelvam.

### Un lamento para Neelan Tiruchelvam<sup>[3]</sup>

Andaba por esa calle cuando era niño,  
bajo sus mangos,  
oliendo los arbustos de flores  
blancas cultivadas  
para los templos; mi lengua una dulcería  
provista por mi abuela,  
además de los chiles triturados  
en coco por su sirvienta.  
Perteneía a esa élite que a los  
columnistas les gustaba  
atacar, por su insularidad, su divorcio  
definitivo de la realidad fraticida;  
ahí en la esquina  
de Rosmead Place y Kynsey Road se murió.  
No lo conocía de mano, fue una de las figuras  
vistas de lejos, luchando para que sus  
conciudadanos

disfruten un poco más  
de sus derechos humanos, alguien que tenía un  
buen conocimiento de la historia última  
de los pacificadores en otros países que  
pensaban  
que se podía vivir con dignidad, sin molestar  
aun a una mosca, que de repente el mundo  
humano  
mejoraría a causa del sudor de escribir  
nuevas y justas leyes.  
Estalló en la esquina de Rosmead y Kynsey.  
Un hombre se cayó con toda su sangre,  
su ambición,  
hasta el fin que lo esperaba, que lo nombró  
con otra fama, uno más de los seres humanos  
que había negado que la pesadilla  
pudiera haberle  
tocado, que tenía alguna inmunidad  
contra los bárbaros,  
que letras escritas en códigos tenían el poder  
de recibir un balazo, de convertirse en una flor.  
Señor Tiruchelvam, te espero con  
un ramo de flores.  
Todos los carros están embotellados;  
no hay salida.  
La esquina es el cruce, el destino, la mañana.  
Tienes cincuenta y cinco años,  
eres rico, nombrado.  
Hay otras grandes figuras en el país, hay modelos  
por todo el mundo, no vamos a entristecernos.  
Seguiremos adelante, pondremos  
tu nombre en el dintel  
de una escuela, el letrero de una calle,  
en las memorias  
editadas por las celdas civiles que fundaste

<sup>[3]</sup> Ídem. (2001). *El Infierno de los pájaros*. México: Resistencia.

para que el país pueda tener lugares de reflexión  
lejos de los cruces, de los gritos en el parlamento,  
de los golpes en las cárceles, de la melancolía  
que puede ahogar a todos hasta  
que el sol se levante,  
que sus niños se levanten,  
que los mangos maduren,  
que los chiles triturados se revuelvan  
en la lengua,  
aunque estás lejos en la ribera  
de una tierra  
desconocida, que escribes en otro idioma  
para convertir este asesinato en imagen,  
enseñanza, para que puedas escribir de esas  
calles  
de Rosmead y Kynsey que observaban tu crianza  
que tienen ahora otro sentido, nombres de un  
cementerio.

Elegías, declaraciones de ideales, defensas de los otros seres que viven en la Tierra y el Océano, ¿qué más hay para convencer al dubitativo que a pesar de lo que escribió Auden, la poesía, sí, hace algo suceder? En mi caso, me ha dejado creer que soy libre y que domino mis expresiones verbales, además de las cuentas que manejo en el banco. Digo, de alguna manera, pienso que los planes del poema y de la vida funcionan. No hay que dudar preguntando: ¿por qué escribo?

Escribo para aclarar que soy libre y que no seré legislado. Escribo para festejar la victoria de un equipo de fútbol de un país desfavorecido, robado, dejado a batallar contra los prejuicios de otros. Escribo de Haití y de Perú, que hasta hace poco había dejado pasar 36 años antes de volver al Mundial.

### Esperando el segundo tiempo<sup>[4]</sup>

Si es solo un juego y depende  
de un hombre árbitro,  
y la audiencia viene de la casa  
cuyo equipo anfitrión tiene  
el respaldo, es una droga.  
Hay decisiones erróneas, malditas  
y, finalmente, es la tristeza  
de ver a un equipo defenestrado  
jugar el resto del partido.  
Espera. Todavía y siempre  
tendremos el segundo tiempo.

En el caso de Haití, su equipo estaba perdiendo dos a cero al fin del primer tiempo. Y en el segundo, anotó tres. Así, clasificó por primera vez a la semifinal de la Copa de Oro. Tendremos siempre el segundo tiempo. Aun si nuestros derechos han sido golpeados, que un tirano, un dictador ha tomado el control del país, nada humano, incluso, lo malo durará para siempre. Habrá un segundo tiempo también para la salvación. Nuestra tierra y océano están viviendo una extinción de especies de animales y de plantas a un nivel sin precedente, pero estamos al mismo tiempo reintroduciendo animales y plantas en la selva de poblaciones creadas en el cautiverio. No seremos legislados, pero por un tiempo estaremos a merced de nuestros papas. No podemos todos vivir en países independientes. Imagínate la confusión, ¡pasaportes para entrar a cada casa! Pero nunca vamos a perder nuestros espíritus independientes, libres, que construyen casas en el aire, bajo las olas, bellísimas y sostenibles mientras pisamos tierra y nadamos en el mar.

---

<sup>[4]</sup> Ídem. (2016). *Ventana azul, el tapiz del unicornio*. México.

### Ilusión<sup>[5]</sup>

Detrás de la estación de Repsol caminamos hacia el parque donde, con nuestras manos entrelazadas, nos enamoramos. Y de esa primera tarde, la estación se volvió la pierna y el encuentro de un amor hecho de caminatas hacia múltiples espacios verdes de esta ciudad brumosa, construida al lado de aguas friolentas y de estaciones de combustible, un amor moderno que dependía del transporte público y privado para dejarnos cerca de la alameda, donde en otra ciudad de América un hombre solía pasear con su armadillo. Eres el Mar, el árbol, el camino de piedras, el olor a gasolina. Soy el feligrés, el explorador, el representante de países lejanos donde otros amores se nacen en sus propios parques al lado de las aguas que rodean a todos, aun en medio del desierto como aquel de Paracas. Dejo mi cargo. Entro al Mar. Dejas tus arrecifes de coral y tus formaciones rocosas, donde se han hundido los barcos para abrumar la costa. Treinta y cinco mil hombres fueron borrados de la costa esrilanquesa ese día del tsunami. Déjame ser uno más.

### Esperando el diluvio...<sup>[6]</sup>

Los cocoteros se doblan para frenar  
la tromba del viento.

Las bandas de monos gritan y saltan  
de rama en rama hacia  
el interior de la jungla.

Un armadillo, una rata, una serpiente hurgan  
en la tierra redoblando sus esfuerzos  
para crear nidos  
bien hechos y escondidos y a  
salvo de las aguas.

Un hombre camina en la playa con un paraguas  
como lo hace todos los días,  
su nariz hacia arriba, soñando  
con su esposa dormida en casa.

El artista firma sus lienzos.

No hay que dejar estas actividades

para el último momento. El chorro llegaría de  
repente y no habrá tiempo

para guardar tu huella ni en  
un cuadro ni en la tierra.

He esperado el diluvio por un buen rato  
—tal vez más de 20 años— cuando

dejé expirar mi pasaporte anterior y acepté la  
bendición de mi nuevo papá.

Estoy orgulloso de ser inmigrante, de haber  
cruzado el río y por cantar ahora en español.

Ni sé cantar ni bailar tango, pero mi amor, tengo  
buen olfato y hay algo extraño

en el mar. ¿Para dónde se han ido las aguas?

Miren, ustedes, peces gigantes que batallan  
para respirar, unas serpientes acuáticas se deslizan  
hacia mí... no se metan, les digo, hay algo raro en  
esta fiesta pescadora.

Dime, Dios, ¿te metes en los sueños de los  
grandes inventores justo cuando se preparan para  
morirse?... que desaparezcan contentos, sin mie-  
do... Dios, no seas tan celoso de sus hijos.

La búsqueda de respuestas después de tor-  
mentas, huracanes, terremotos, tsunamis, tiros en  
la calle, la muerte repentina, infartos insólitos, el  
autobús asesino... siempre nos lleva a ti, mi Señor.  
Y después viene otra tragedia. El ciclo, Dios, pare-  
ce sin fin. Y no habrá paraíso en nuestra tierra. Sin  
embargo, de repente, uno se enamora —de mane-  
ra profunda, digo, no solamente por lo físico o por  
los gustos, es algo que va más allá de lo terrenal,  
hacia lo divino— y los niños, cuando empiezan a  
balbucear y a pararse y caminar... eso, Dios, nos  
da tanta alegría que nos olvidamos del tsunami que  
se llevó a los 25 miembros de la familia de mi ve-  
cino, pero me dejó a deleitarme con los primeros  
pasos de mi hija... es la amnesia, Dios, mientras  
esperamos el Diluvio.

<sup>[5]</sup> Ídem. (2016). *Ventana azul, el tapiz del unicornio*. México.

<sup>[6]</sup> Ídem. (2013). *Sin adorno* (lírica para tiempos neobarrocos). México: UANL.

¿Y por cuánto tiempo deberemos recordar las fechas idóneas, el 26 de diciembre, el 6 de junio, el 11 de septiembre, el 17 de noviembre (por *Bonnie Prince Charlie* que decidió regresar a Escocia ese día en vez de seguir con la conquista de Inglaterra, además de ser mi cumpleaños)? ¿Y a quién le importa el cumpleaños de uno de nosotros? Estamos todos en el arca y las aguas crecen y crecen. Dios, ¿no tenemos otras opciones que las hembras reunidas aquí?... y... Dios, ¿quiénes son estos hombres, este pueblo elegido? ¿No hay otros pueblos? Los chinos, por ejemplo, o los esrilanqueses, ellos que

resistieron la hostia de los misioneros. ¿No hay lugar para ellos en otra arca ante otro diluvio?

Espero el diluvio. Espero alimentos. Espero visiones. Espero musas. Espero adelgazarme. Espero mi hijo. Espero mi hija. Espero que sean alegres. Espero mi amor. Espero que sea alegre. Espero el hambre. Espero la sed. Espero superar el hambre y la sed. Espero la mariposa. Espero la mariposa que vuela en el bosque justo cuando desaparezca. Espero poder ver a Dios antes de ser juzgado. Espero que no haya juicios porque se canse el Dios antiguo, el Dios temible, el Dios del diluvio.